



Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.

“Acercamiento a Jesucristo”

*(Siguiendo la obra “Jesús el Señor”
de Angelo Amato)*

S.M.I. Catedral de La Habana
6 de abril de 2009.

Sexta catequesis

“El misterio de Jesús en el Nuevo Testamento”

El Nuevo Testamento puede dividirse en dos partes: aquellas que hablan de la persona de Jesús en su vida histórica antes de su muerte y Resurrección y aquellos escritos que hablan de Jesús después de su muerte y Resurrección.

I. - El Jesús Pre-Pascual.

Desde sus primeros contactos con Jesús los discípulos estaban interpretándolo y las tradiciones de la Iglesia primitiva y de los escritores evangélicos iban profundizando en ese proceso de interpretación.

Podemos hablar legítimamente de un Jesús estudiado antes de su muerte y Resurrección, mirado por sus discípulos con atención, puesto que Jesús les ha planteado a ellos una decisión de fe respecto a su persona: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?” (Mt 16, 15). O sea, esta cristología que podemos llamar pre-pascual se encuentra ya contenida en los títulos de Jesús, los que El se da y los que otros le dan, en su predicación, en sus obras, que son realidades que nos muestran una autoridad divina, así como en la conciencia que Jesús tiene de sí mismo.

Comencemos por ver la predicación de Jesús.

1). La predicación, el anuncio, la enseñanza es la característica más notable de la actividad de Jesús. El se presentó como Maestro, y así es llamado en el Nuevo Testamento, pues este término se aplica 41 veces a Jesús y 29 veces es usado para dirigirse directamente a El. Es la traducción del término hebreo “rabbi”, que también aparece usado así en los evangelios. Jesús ha hablado y ha actuado como un maestro de su época, aclarando dudas jurídicas (Lc 12, 13ss), cuestiones doctrinales (Mc 12, 18ss), y reuniendo en torno a sí a sus discípulos. Muchas veces se usa el término “maestro” de modo absoluto, como sinónimo de Jesús, diciendo “el maestro” (Mt 9, 11)

2). La autoridad de Jesús.

Después de haber hablado en la sinagoga de Cafarnaun, los presentes quedaron “asombrados de su enseñanza porque hablaba como quien tiene autoridad y no como los escribas” (Mc 1, 22), pues mientras los escribas eran los intérpretes de las tradiciones de los antiguos, Jesús enseñaba con una autoridad que pertenece sólo a Dios. Jesús es considerado como un profeta (Mt 21, 46; Lc 7, 16) justamente por esa autoridad con que enseñaba. Sin embargo, Jesús se considera superior a los profetas: “aquí hay uno que es mayor que Jonás” (Mt 12, 41); “y aquí hay uno que es más que Salomón” (Lc 11, 32). Jesús no se presenta como uno de tantos profetas, El es el profeta definitivo, superior a los demás. El profeta que manifiesta la palabra y la voluntad de Dios. El título dado por San Juan “Logos”, el Verbo, la Palabra, resumirá esta profunda realidad de Jesús.

3). El contenido de la predicación de Jesús es el anuncio del Reino. Para Jesús la venida del Reino no puede ser humanamente acelerada mediante la lucha con los enemigos de Dios como querían los zelotes, ni mediante la observancia meticulosa de la Ley como querían los fariseos. La espera del Reino debe ser paciente y confiada. (Ver las parábolas del grano de mostaza, de la levadura y de la semilla que crece sola en Marcos y Mateo).

La expresión “Reino de Dios” o su sinónimo “Reino de los cielos” se utiliza en los evangelios más de 120 veces, en Juan se encuentra sólo 5 veces y en otros escritos del Nuevo Testamento 30 veces. Es característica de la predicación de Jesús: “Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el evangelio” (Mc 1, 15).

El Reino de Dios no se refiere a un territorio particular, sino a la verdadera soberanía de Dios sobre la humanidad. El Reino de Dios está presente donde está presente la vida, la reconciliación, el gozo, la alabanza a Dios. Según la misma oración de Jesús (Mt 6, 10-13), el Reino actuará dónde y cuándo se cumpla la voluntad de Dios, se santifique su nombre, haya abundancia de bienes materiales y espirituales y se realice la liberación del mal. Ese es el contenido del Padrenuestro. También mediante las parábolas Jesús señala la presencia del Reino en la realidad cotidiana y concreta, en el grano de mostaza (Mc 4, 31), en la levadura (Mt 13, 33), en la semilla (Mc 4, 26ss). Al mismo tiempo, sin embargo, el Reino es una realidad última, que pondrá fin a la historia y que se realiza más allá de la misma historia. Jesús manda a rezar: “Venga tu Reino”. El Reino es don exclusivo de Dios, el hombre no se lo puede dar por sí mismo, ni políticamente, ni socialmente, ni éticamente, por eso es Reino de Dios: “No teman, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en darles su Reino” (Lc 12, 32).

El Reino se identifica con la persona misma de Jesús y con su presencia. A los discípulos de Juan que le preguntan: “¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?” (Mt 11, 3), Jesús les responde: “Vayan y digan a Juan lo que han visto y oído, los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia, y dichoso el que no se escandaliza de mí” (Mt 11, 4-6). Es decir, Jesús se autodefine como el Reino de Dios y su presencia es la presencia del Reino. Su doctrina, sus acciones, su comportamiento constituyen la llegada del Reino de Dios a la tierra. El Reino de Dios es un don ofrecido por el Padre en Jesús y comienza a dar su fruto en la historia, aunque se cumpla definitivamente al final de los tiempos.

4). Las actitudes de Jesús.

Nos referimos a las actitudes ante los ambientes, las personas y sus categorías, las instituciones civiles y religiosas para comprender su conciencia mesiánica y para despertar la pregunta acerca de la persona de Jesús por parte de los discípulos.

La actitud de Jesús ante la Ley es uno de los puntos clave de su existencia.

El nuevo Testamento se refiere exclusivamente a la Ley escrita y por tanto a los textos propiamente legislativos y a las prescripciones del culto que forman el ordenamiento del pueblo elegido por Dios. Algunas veces se toma el término “Ley” para referirse a todo el Antiguo Testamento. Moisés recibió las Tablas de la Ley, los 10 Mandamientos y por eso Moisés llega a ser sinónimo de Ley.

Jesús confirma su adhesión a la Ley. Declara que no ha venido para abolir la Ley o los profetas, sin embargo, pasa por alto algunas prescripciones como la guarda del sábado, el ayuno, la impureza al comer. Jesús se considera libre ante la Ley. Su actitud fue tan original ante la Ley que El mismo considera que está superada por El en su acontecimiento. Jesús afirma: “Si creyeran a Moisés me creerían también a mí porque él ha escrito de mí” (Jn 5, 46). Esto significa que la Ley y los profetas apuntan a Jesús y encuentran en El la referencia definitiva. Jesús se permite juzgar a Moisés haciendo revisión de la Ley de Dios cuando dice que Moisés en algún caso juzgó según la debilidad humana (Mt 10, 5) y no podemos menos que referirnos al Sermón de la Montaña de Mateo: “Se les dijo a los antiguos... pero yo les digo más...” (Mt 5, 17-48). Es decir, Jesús no comenta la Ley, sino que se coloca por encima de ella. Mientras que los profetas comenzaban con la fórmula “Así habla Yahvé”, Jesús comienza con las palabras “Han oído que se dijo... pero yo les digo” o “En verdad, en verdad les digo”. Se sitúa al mismo nivel que el legislador, que Dios mismo, no para superar o contradecir, sino para revelar el verdadero contenido y significado de la Ley que Dios quiere. La fórmula “En verdad, en verdad les digo” subraya esa autoridad superior a la Ley y reveladora de la verdadera voluntad del Padre.

5). Actitud de Jesús con respecto al Templo como sede privilegiada de la presencia divina.

Ante todo Jesús tiene una actitud de respeto. Enseña en el Templo y lo considera la Casa de Dios, la Casa del Padre, Casa de Oración. En el gesto de Jesús cuando purifica el Templo están contenidas dos afirmaciones: anuncia la destrucción del Templo (Mc 13, 2) y su sustitución en la persona misma de Jesús, puesto que Juan nos dice que “El hablaba del templo de su cuerpo” (Jn 2, 21) y se acordaron de esto después de Pascua: “Cuando fue resucitado de entre los muertos los discípulos se acordaron de que había dicho esto” Jn 2, 22).

La muerte de Jesús marca el final del Templo. “El velo del Templo se rasgó en dos, de arriba a abajo” (Mc 15, 38). Su sacrificio pone término al Templo y al culto antiguo. Para encontrar a Dios y su presencia privilegiada y única en la tierra ahora es suficiente y necesario encontrarse con Jesús, El es el nuevo Templo de Dios, es la presencia de Dios no ya en un lugar, sino en la persona de Jesús. El nuevo culto no está en el Templo de Jerusalén, sino en la adoración de Dios Padre en el Espíritu Santo y en la Verdad que es Jesús (Jn 4, 21).

6). La actitud de Cristo con relación a los marginados. Se ha hablado de Jesús “con malas compañías”. Algunos lo llamaron “comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11, 19). La cercanía del Reino no era para unos elegidos, sino para los publicanos, las prostitutas, los samaritanos, los leprosos, las viudas, los niños, los ignorantes, los paganos, los enfermos. Su presencia y su persona se refiere en primer lugar a los pobres y a los pecadores: “No tienen necesidad de médicos los sanos sino los pecadores” (Mt 9, 12); “los publicanos y las prostitutas los adelantarán a ustedes en el Reino de Dios” (Mt 21, 31).

Jesús participa en la mesa de los pecadores, come con ellos. La misericordia y el perdón aparecen frente a la mujer sorprendida en adulterio en el evangelio de Juan, que no es amonestada sino invitada a cambiar de vida: “Tampoco yo te condeno, vete y no peques más” (Jn 8, 11). No es simple tolerancia propia de la bondad de un hombre pecador, se trata más bien de un gesto de bondad absoluta de Jesús inocente en relación con los pobres y los pecadores. Los pecadores y los marginados son efectivamente de la predilección de Jesús.

7). Su actitud con relación al pecado resultó todavía más provocadora y le costó la acusación de “blasfemo”. Jesús no sólo curaba, sino que expresaba la pretensión de perdonar los pecados: “Ahora bien, para que sepan que el hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, a ti te lo mando, le dice al paralítico, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mc 2, 10-11).

8). También su peculiar actitud de relación con Dios a quien llama Abbá, que significa papá es uno de los rasgos más calificativos de Jesús. Digamos solamente que ese nombre dado a Dios por Jesús era impensable en la oración judía, expresa la ternura del Hijo en relación con su Padre. Esta extrema confianza de Jesús con Dios debió de parecer no sólo audaz sino inconveniente, pero expresa uno de los rasgos esenciales de la conciencia que tiene Jesús de ser Hijo del Padre.

9). La actitud de Jesús al llamar a sus discípulos a su seguimiento. Jesús invita a elegir el Reino de Dios, pero esto se concreta en la aceptación o en el rechazo de su persona: “Si alguno quiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y que me siga... el que se avergüence de mí y de mis palabras se avergonzará de él el Hijo del hombre” (Lc 9, 23-26).

Una llamada de este tipo a la decisión supone toda una concepción de Cristo como alguien que puede transformar a los llamados en discípulos, es un seguimiento incondicional, que incluye una verdadera profesión de fe en El. De esta manera Jesús se presenta como el verdadero buen pastor que conduce a los llamados de las tinieblas a la luz (Jn 10, 11).

Los milagros de Jesús.

1. Su historicidad. Un elemento decisivo en toda la trayectoria de Jesús lo constituyen los milagros llamados mejor “signos”, “gestos de potencia”, “obras”. En el discurso de Pentecostés Pedro subraya este aspecto inseparable del Jesús histórico: “Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios en medio de ustedes por medio de milagros, signos y prodigios que Dios mismo realizó entre ustedes por medio de El como bien saben” (Hch 2, 22).

La investigación histórica actual, aplicada a los milagros, reafirma sobre todo la autenticidad global de los mismos. Estos ocupan mucho espacio en la existencia y en el apostolado de Jesús. Sin los milagros no se explicaría ni el entusiasmo de la muchedumbre ni de los discípulos, ni el odio de los enemigos en sus enfrentamientos. Los evangelios contienen largas listas de milagros, en Marcos constituyen casi la tercera parte del evangelio (209 de los 666 versículos). A la primera parte del evangelio de Juan se le llama normalmente el “libro de los signos”. Los milagros van estrechamente ligados a la predicación del Reino y a la aclaración del misterio de Jesús: “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia y dichoso el que no se escandalice de mí” (Mt 11, 5ss). La mayor

parte de los milagros de Jesús tuvo carácter público, con testigos, que pudieron controlar su veracidad, por eso Pedro en su discurso de Pentecostés hace referencia a Jesús taumaturgo diciendo: “como bien saben ustedes”. Ninguno de los contemporáneos de Jesús le negó esta calificación de taumaturgo. Sus adversarios lo impugnaron solamente por la autoridad con que hacía los milagros: “¿Con qué autoridad haces tú estos signo?” (Mt 12, 24).

2. Realidad y significado de los milagros de Jesús.

Los milagros de Jesús más que como acontecimientos extraordinarios contra o sobre la naturaleza, hay que considerarlos primeramente como un poderoso sostenimiento y reforzamiento de las fuerzas de la naturaleza por parte de Dios creador y providente. Mediante el milagro, es decir, mediante la intervención inmediata, edificante y sanante de Dios la naturaleza es potenciada de tal manera que es restituida a la integridad que le es propia, ésta revive, se cura, recupera su equilibrio psicológico, es sustraída al poder del maligno. El milagro, incluso en su innegable aspecto extraordinario, es un reforzamiento intrínseco de la naturaleza. Por tanto es un acontecimiento profundamente según la naturaleza del hombre que ha sido creado para la vida, la felicidad, la integridad física y psíquica. Es casi un retorno del hombre a su condición del paraíso, cuando su naturaleza no estaba marcada por la enfermedad o por la muerte. Por eso los milagros son signo de la cercanía del Reino que Jesús hace presente en la humanidad y en el cosmos, que quedan implicados en esta profunda restauración.

Pero pocas veces se les llama milagros, los términos usados normalmente son: actos de potencia, signos, obras. Porque los milagros adquieren su significado en relación con la predicación de Jesús, con su misión y con el misterio de su persona. Tienen una múltiple función de comunicación y de revelación del mensaje de la salvación, de testimonio de la realidad de Jesús y de liberación y promoción del hombre y del cosmos: “Si yo expulso los demonios por la fuerza del Espíritu Santo, es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios” (Mt 12, 28).

Desde el punto de vista de Jesús los milagros son las “obras” del Hijo: “Si no creen en mí crean a mis obras... las obras que el Padre me ha concedido realizar, las que estoy haciendo, son las que atestiguan que el Padre me ha enviado” (Jn 5, 36ss; 10, 25).

3. Algunos títulos de Jesús.

Hemos visto ya los títulos de “maestro” y de “profeta”, vamos a examinar otros títulos como “Mesías”, “Hijo del hombre”, “Hijo de Dios”.

a). Mesías.

El título de Mesías no aparece nunca en los labios de Jesús, le viene aplicado siempre desde fuera, solamente una vez parece aceptarlo Jesús explícitamente, se trata del coloquio con la Samaritana: “Le respondió la mujer: ‘yo se que ha venir el Mesías, es decir el Cristo; cuando venga nos anunciará todo’. Le dijo Jesús: ‘Soy yo el que te habla’ ” (Jn 4, 25ss). En otros dos pasajes Jesús acepta igualmente el título pero aporta importantes precisiones.

Cuando Pedro lo confiesa en Cesarea de Filipo como el Mesías ante la pregunta “¿Y ustedes quién dicen que soy yo?” Pedro le respondió: “Tú eres el Cristo” (Mc 8, 29). Jesús no rechazó el título pero lo acepta quitándole el significado corriente de liberador político, por eso Jesús añade inmediatamente después que El tiene que sufrir, ser matado y al tercer día resucitar (Mc 8, 31). El es el Mesías no como lo entiende el pueblo (y el mismo Pedro), sino según el querer de Dios.

También al Sumo Sacerdote que le pregunta “¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito?”, Jesús le respondió “Lo soy” (Mc 14, 61-62). El episodio se considera históricamente importante, porque se inserta en el proceso realizado a Jesús, precisamente, como la causa de su condenación. En medio de la situación de impotencia en que se encuentra Jesús en el momento de ese proceso El declara su mesianidad porque no es la del vencedor político sino más bien la del siervo sufriente.

b). Hijo del hombre.

Es un título muy usado por Jesús. No se trata habitualmente de una calificación dada desde fuera por los demás. Normalmente la usa Jesús con el “yo” y es una manera de hablar característica de Jesús. En los evangelios hay tres series de afirmaciones conectadas con este título. La primera serie contiene dichos que se refieren a la vida terrena del Hijo del hombre, que tiene poder de perdonar pecados o que tiene poder sobre el precepto del sábado. Una segunda serie de dichos se refieren a la Pasión, el Hijo del hombre se presenta como el justo sufriente que salvará al mundo mediante su Pasión y exaltación. Una tercera serie de dichos hace referencia al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria (Mc 13, 26); “el que se avergüence de mí y de mis palabras..., también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria del Padre” (Mc 8, 38).

c). Hijo de Dios.

Este título lo usa Jesús cuando se dirige a Dios llamándolo Abbá y Padre mío (Mc 14, 36) y lo distingue siempre del “Padre vuestro” (Lc 6, 36). Encuentra su formulación clásica en el evangelio de Juan “mi Padre y vuestro Padre” (Jn 20, 17).

De por sí “Hijo de Dios” era un título que en el Antiguo Testamento indicaba solamente un hombre con una especial vocación y elección por parte de Dios, de quien era un hijo predilecto. En Jesús este título no indica adopción sino la relación íntima del Hijo en relación a su Padre. Por eso Hijo de Dios pasa a ser de título humano a indicación de la divinidad de Jesús. También el título bíblico Hijo del hombre pasa a ser de una simple apelación humana (esa frase indicaba un hombre, este hombre), y se convierte en lenguaje de Jesús en un título para expresar la trascendencia de Jesús, es decir, su condición única incluso en su humanidad.

II. La luz de la Pascua.

La muerte y Resurrección de Jesús irradia la luz definitiva sobre la comprensión de Jesús por parte de sus discípulos. Ellos ya habían creído en El antes. Sin embargo, la Pasión y la trágica muerte de Jesús les habían hundido en el desaliento y en la incertidumbre. Lo que sintieron los discípulos de Jesús después de su muerte de cruz y antes de conocer que había resucitado, lo encontramos en el pasaje de los discípulos de Emaús, cuando los discípulos hablando con el peregrino que resultaba ser el mismo Jesús le dicen: ¿No conoces tú lo de Jesús el nazareno que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo? ¿Cómo lo entregaron los Sumos Sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron! Nosotros esperábamos que El fuera el liberador de Israel. Y ya vez, hace dos días que sucedió esto” (Lc 24, 19-21). Ellos esperaban la liberación de parte de Jesús y habían puesto en El gran confianza, pero viendo que no sucedía nada después de su muerte se alejan de Jerusalén pensando que quizás había naufragado también otro sueño mesiánico más como tantos otros.

Pero en este mismo diálogo, Jesús resucitado, que aparece como peregrino haciendo camino junto a ellos, les responde, “comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a El en toda la Escritura” (Lc 24, 27): el Señor tomando como base los poemas del servidor sufriente les dice que si no era necesario que el Hijo de Dios pasara por todo aquello para entrar en su gloria. Jesús mismo se hace intérprete de su conciencia mesiánica a la luz de las promesas del Antiguo Testamento.

El misterio de la Pasión y muerte de Jesús había resultado demasiado traumático para la fe de los discípulos, sobre todo para Pedro. En los días de sufrimiento no lo habían reconocido. La negación de Pedro, más que un acto de falta de valor poco explicable psicológicamente en un temperamento como el suyo, puede indicar más bien una verdadera desorientación del apóstol al ver a Jesús prisionero. El lo había conocido y confesado como el Cristo, el Hijo de Dios vivo y su Jesús era el Mesías poderoso y victorioso. Pedro no lo ve en el hombre cubierto de salivazos, ultrajado, golpeado y ridículo al Cristo que él había confesado sinceramente. Por eso afirma con desprecio: “No conozco a ese hombre”. El apóstol no quería rendirse al proyecto de Dios que quería entregar a la Pasión a su Mesías, por eso Jesús recuerda enseguida a los discípulos de Emaús: “¿Qué necios y torpes son ustedes para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías pasara esto para entrar en su gloria?” (Lc 24, 25-26).

La resurrección de Jesús, por tanto, da significado total y profundo a su realidad. Si durante la vida terrena los discípulos lo habían estudiado, lo habían interpretado de maneras parciales, algunas de ellas hechas no según Dios sino según los hombres (Mt 16, 23), en Pascua Jesús aparece como el Señor, el único y verdadero mediador entre Dios y la humanidad.

III. Jesús en el Nuevo Testamento después de la Pascua.

A). La vivencia cristológica.

Iluminados por la luz del Resucitado y fortalecidos por el don del Espíritu los apóstoles comenzaron a vivir con compromiso su fe en Cristo y a testimoniarlo con valentía y confianza, pero al mismo tiempo se iba produciendo una reflexión sobre la figura, la persona y el significado de Jesús. Esta vivencia se manifiesta en la celebración litúrgica y en la predicación.

La liturgia, que consistía de la celebración del bautismo y de la eucaristía, estaba centrada en el misterio de Cristo. Ahí estaban presentes las alabanzas, las oraciones, los salmos, las fórmulas de bendición. Vamos a fijarnos solamente en las fórmulas de fe y en los himnos, composiciones poéticas más amplias y articuladas.

1). Las fórmulas de fe o profesión de fe presentan dos modos: la aclamación y la fórmula de fe.

La aclamación es una fórmula que contiene y proclama algunos títulos de Cristo: “un solo Señor Jesucristo” (1Co 8, 6). En la antigüedad las aclamaciones son gritos del pueblo hechas en público y en común, formuladas a veces rítmicamente, declamadas por un coro hablado. También los cristianos usaron esos gritos entusiastas mediante los cuales expresaban el reconocimiento de Cristo como único Señor. Bien, veamos la aclamación de 1Co 12, 3: “Nadie puede decir: Jesús es el Señor sino es bajo la acción del Espíritu Santo”. Hay también la fórmula de fe, es una frase breve que contiene un enunciado con una sintética confesión como la del funcionario de la corte: “Creo que Jesucristo es el Hijo de

Dios”. El mismo contenido lo tenemos en 1Jn 5, 5: “¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”. Una fórmula de fe muy sintética se encuentra en 1Tes 4, 14: “Nosotros creemos que Jesús ha muerto y resucitado”. Entre los distintos títulos cristológicos son privilegiados tres: Cristo, Señor, Hijo de Dios.

2). Los himnos.

Los himnos son ampliaciones de las fórmulas de fe y presentan el drama de la encarnación y la humillación del Hijo de Dios para la redención de la humanidad. Se conocen por su estilo poético, podemos contar nueve himnos: en San Lucas el cántico de Zacarías, el cántico de María o Magnificat, en el evangelio de San Juan, el inicio del evangelio es un cántico, Jn 1, 1-18: “En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios...”. Están también los himnos de Ef 2, 14-16; 1Pe 3, 18-22; Fil 2, 6-11; Col 1, 15-20; 1Tim 3, 16; Heb 1, 2-3.

Tomemos como modelo el himno de Fil 2, 6-11:

“Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de Cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”;
de modo que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

La comunidad en la liturgia cantaba o recitaba estos himnos. Su contenido esencial consiste en afirmar que el Redentor es igual a Dios, es mediador de la Creación y de la salvación universal, desciende del cielo para habitar entre los hombres, es exaltado por encima de las potencias celestes y cósmicas. Los himnos representan una cristología muy desarrollada.

IV. El kerigma (o predicación).

a). La predicación apostólica tuvo un enlace intrínseco con el Jesús histórico. Un primer sumario del kerigma apostólico se encuentra en 1Co 15, 3-5 en donde se menciona la muerte, la sepultura, la Resurrección y las apariciones de Jesús.

Los elementos esenciales del kerigma cristiano, o sea, de la predicación de los apóstoles fueron: que las profecías se han cumplido, que ha comenzado la nueva época con la venida de Cristo. Que Él ha nacido de la estirpe de David y que murió según las Escrituras para

liberarnos del mal de la era presente. Fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras. Ha sido exaltado a la derecha de Dios como Hijo de Dios y Señor de vivos y muertos y vendrá de nuevo como juez y salvador de la humanidad.

Sustancialmente el mismo es el contenido del kerigma que aparece en los Hechos de los Apóstoles. En la predicación de los Hechos y en la de los apóstoles está ya implícito el esquema del futuro evangelio y hace continua referencia a la vida terrena de Jesús y su glorificación. El Jesús pre-pascual y el Cristo Resucitado forman la realidad de un solo anuncio.

b). La resurrección como centro y fundamento de la reflexión cristológica.

Hemos visto ya como la vida litúrgica y el kerigma tienen como anuncio fundamental el de la resurrección de Jesucristo. San Pablo elabora su pensamiento sobre Cristo al partir del misterio de la muerte y la resurrección. Lo mismo hacen los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, que aunque dan amplio espacio a la vida terrena de Jesús la refieren continuamente al acontecimiento de su muerte y Resurrección.

El instrumento principal que usa la comunidad primitiva para profundizar su fe en Cristo fue el Antiguo Testamento, como ya hemos visto. Junto a la luz de las Escrituras en el Antiguo Testamento se demostraba la conducta de Jesús, su actuar, su tarea y su vida, teniendo como centro el Segundo Isaías con los poemas del Servidor Sufriente.

El núcleo más antiguo de esta primera reflexión ha sido encontrado en la “cristología de exaltación”, en la que se considera la resurrección como exaltación de Jesús a la derecha del Padre y efusión del Espíritu Santo. En el único acontecimiento de Cristo se distinguen dos modos de ser; el humano de su existencia y el espiritual de su vida de resucitado.

Estos dos modos de existencia son propuestos en 1Tim 3, 16: “Se manifestó en la carne, fue justificado en el Espíritu”. La consideración de los dos modos o ámbitos de existencia de Jesús, terreno y celeste, se convirtió en la base para la comprensión de su realidad total.

c). La cristología de los sinópticos.

Son llamados evangelios sinópticos los de Mateo, Marcos y Lucas.

1. La cristología de Marcos.

El evangelio de Marcos intenta motivar la realidad de Jesucristo, Hijo de Dios. El título fundamental que él usa es el de Hijo de Dios porque aparece en pasos importantes del evangelio: en el bautismo, en las confesiones que hacen los demonios ante Cristo al salir de los poseídos, en el relato de la transfiguración, en la confesión del Centurión al pie de la Cruz. Toda la vida de Jesús está iluminada por este título. Otra característica del evangelio de Marcos la constituye el “secreto mesiánico” o el misterio del Hijo de Dios. En el evangelio Jesús advierte a los discípulos que “no cuenten a nadie lo que han visto sino después que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos” (M 9, 9). Ese secreto en Marcos quiere expresar la idea de que el misterio de Jesús sólo puede ser comprendido por quien sigue a Cristo en su vida hasta la cruz, los demás no pueden comprenderlo. Por eso el secreto continúa hasta la resurrección.

2. La cristología de Mateo.

El título cristológico que prevalece en Mateo es el de “Señor”. Mateo nos presenta a Jesús de Nazaret y en su persona el cumplimiento de las Escrituras. El es el salvador prometido.

Es insistente el relieve que da a la relación de Jesús con el Padre, de quien es Hijo predilecto. Su poder viene enteramente del Padre: “Todo me ha sido dado por mi Padre”

(Mt 11, 27). Sólo Jesús tiene conocimiento del Padre: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27). Es también de Mateo el relato de la concepción virginal por obra del Espíritu Santo y el acento en la preexistencia de Jesús, es decir, que Jesús, como Hijo Eterno del Padre, vivía desde siempre y vino en la Encarnación a nosotros. Jesús es presentado como descendiente de David, pero también engendrado del Espíritu de Dios. Mateo coloca al Hijo al mismo nivel que el Padre, presentando su igualdad con Dios con términos dinámicos.

3). La cristología de Lucas.

Cristo para Lucas es el centro del tiempo y de la historia de la salvación. Con Jesús la historia de la salvación alcanza su madurez suprema total. El representa el “nuevo nacimiento”. Con Juan el Bautista termina el Antiguo Testamento, con Jesús comienza el Nuevo Testamento. Este nuevo comienzo se realiza en el misterioso nacimiento virginal de María por obra del Espíritu Santo.

Hay que destacar en Lucas la subjetiva dimensión de la misericordia de Dios en relación con los pecadores y el gran viaje de Jesús a Jerusalén hacia su muerte y resurrección, convirtiéndose así en ejemplo del cristiano que para seguir a Jesús debe llevar cada día su cruz.

En su evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, Lucas, que es el autor de ambos, pone en estrecha relación el Jesús pre-pascual con el Cristo glorificado por la resurrección y Pentecostés. El no ve aislados los dos modos de existencia de Jesucristo, sino que comprende que el Jesús terreno puede ser entendido solamente a la luz del Señor resucitado y exaltado y que el Cristo que mora junto a Dios no puede separarse del Jesús que mora en la tierra y se revela.

4). La cristología desarrollada de Pablo y Juan.

En la cristología de San Pablo y de San Juan están presentes todas las dimensiones esenciales de Jesucristo: su preexistencia, su existencia terrena, su glorificación y exaltación y su dimensión escatológica. Para ver la teología de Pablo tomemos el himno cristológico de Fil 2, 6-11. Se trata de uno de los pasajes más fascinantes de toda la literatura cristiana y ofrece la visión teológica más amplia del acontecimiento Cristo en toda su complejidad.

Vamos a considerar cuatro fases en este himno:

La primera fase se refiere a la preexistencia de Cristo y su voluntario despojo para venir a nosotros: “Tengan en ustedes los sentimientos que hubo en Cristo Jesús, el cual siendo de condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios; sino que se despojó de su rango”. Aquí se afirma que Cristo subsiste en la condición divina y que encontrándose en esta condición se despojó a sí mismo. Este anonadamiento, este despojo indica tanto la encarnación del Hijo de Dios que al hacerse hombre se abaja para llegar a nosotros, como el modo utilizado por el Hijo para realizar este proyecto.

La segunda fase representa la condición humana de Cristo caracterizada por su obediencia absoluta: “Tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz”. Como el Siervo de Yahvé, Jesús se ha humillado a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte de cruz. Para la humanidad la muerte es una necesidad que está ligada a la naturaleza humana, para un ser trascendente como Jesús sólo podía aceptar la muerte con espíritu de obediencia.

En estas dos primeras fases el himno de Pablo y el mismo Pablo pretenden reafirmar que la base del recto comportamiento de los cristianos, de Filipos y de todo cristiano debe ser el un comportamiento concorde y humilde, tomando como ejemplo el anonadamiento del Hijo al hacerse hombre y su actitud de humildad, de obediencia. El “ser del Hijo encarnado es el que debe regular el deber ser de los cristianos”.

La tercera y cuarta fase incluye la exaltación de Cristo y su triunfo sobre el universo: Por eso, Dios lo levantó sobre todo y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: “Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”. A la obediencia de su Pasión y muerte corresponde esta exaltación. En eso consiste la ejemplaridad suprema del misterio de Jesucristo: en fundamentar su influjo salvador sobre la realidad de su ser y motivar con su ser el deber ser de los cristianos.

El himno puede considerarse como un testimonio antiquísimo de cristología completa, puesto que hace referencia a las tres condiciones de Cristo: antes, durante y después de la Encarnación.

5). La cristología del prólogo de Juan (Jn 1, 1-18).

“En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

El estaba en el principio con Dios.

Todo se hizo por El y sin El no se hizo nada de cuanto existe.

En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres,

y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.

Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan.

Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él.

No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz.

El Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por El, y el mundo no lo conoció.

Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.

Pero a todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre;

el cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.

Y el Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad”.

En este prólogo hay una síntesis cristológica inspirada. El Verbo está junto a Dios; El mismo es Dios, es Creador, se hace verdadero hombre para dar al hombre llegar a ser hijo de Dios, es el único revelador de Dios. El Verbo es Jesucristo, Hijo Unigénito del Padre.

Conclusión.

La unidad de fondo de la cristología del Nuevo Testamento está asegurada por la única realidad de Jesucristo en su vida, muerte y resurrección y se va pasando de lo implícito a lo explícito en la consideración del misterio de Jesús. Lo que aparecía escondido o no era comprendido se va haciendo cada vez más claro y expresándose de modos siempre nuevos pero fieles a esa unidad de fondo.

La variedad y el desarrollo de ese pensamiento cristológico depende de experiencias diversas, de comprensión y de expresión por parte de la comunidad cristiana primitiva.

Además de la experiencia fundante del Jesús histórico, se dio la del Cristo resucitado, la de la efusión del Espíritu Santo, las celebraciones litúrgicas del bautismo y de la Eucaristía, las profesiones de fe y el martirio, de la conversión y del anuncio. También los ámbitos culturales fueron diversos, pudiendo delinear al menos tres ambientes diferentes de la vida cristiana: el ambiente de los judíos de Palestina, el ambiente judío helenista, o sea, aquel mundo que los griegos habían influido con su cultura y dentro del cual se encontraban dispersas muchas comunidades judías y el mundo puramente helenista, más marcado por la cultura griega, sobre todo hacia el occidente, cada uno con esquemas de comprensión y de expresión de la misma fe.

Esta multiplicidad de modelos significa la imposibilidad de expresar mediante un solo esquema la riqueza de la persona y de la obra salvífica de Jesucristo. Estos modelos no están cerrados, sino que son abiertos y complementarios, puesto que la persona de Jesús rompe todo esquema y no se deja encerrar en ninguno de ellos. El misterio de Cristo es intrínsecamente inagotable en sí mismo y también por la multiplicidad expresiva de la experiencia cristológica a partir de distintas situaciones eclesiales y culturales. La tradición de la Iglesia prolonga esta línea en continuidad con el Nuevo Testamento y la desarrolla a partir de la realidad de Cristo resucitado y glorioso, salvador de toda la humanidad mediante su muerte en la Cruz.